

de su padre Valentiniano, que tantas veces habia declarado, que no debiendo los jueces ser de menor condicion que las partes, no pertenecia á las potestades seculares juzgar en las causas eclesiásticas, porque el órden espiritual era muy superior á la esfera del siglo. „¿Quién puede negar, dice, que en las causas de la fe y de la Iglesia tengan los Obispos derecho de juzgar á los Emperadores, lejos de estar sujetos á su juicio? ¿Me es permitido derogar á esta disposicion divina por temer la turbacion y el infortunio? Mi cabeza misma no debe rescatarse á costa de una bajeza tan sacrilega: Ambrosio no quiere que se deshonre así el Sacerdocio. ¿Qué importa la vida de un Obispo respecto de la dignidad del Episcopado?”

Retiróse á la Iglesia mayor despues de esta respuesta, donde el pueblo consternado con el riesgo que su Pastor acababa de correr, le guardó mucho tiempo de dia y de noche temiendo no atentaran á su vida ó á su libertad. Envió la corte nuevos satélites, en quienes creía poder confiar, los cuales cercandole la Iglesia, dejaban entrar á todos, sin permitir á nadie la salida; pero ya fuese por respeto, ó ya por temor de un pueblo que adoraba á su Pastor, nadie osó arrebatarle con violencia.

61. Un cortesano mas adulator que los otros llamado Eutimio, prometió á la Emperatriz cumplir sus deseos criminales. Alquiló una casa cuasi contigua á la Iglesia, y en ella ocultó un carro preparado para poner en él al Obispo en el momento en que pudiese sorprenderle, y antes que el pueblo lo notase. Sospe-

chóse su proyecto y se desvaneció. Un año despues, en el mismo dia, fue sacado Eutimio de la misma habitacion, y puesto en el carro para ser conducido al destierro; y el generoso Prelado despues de proveerle de dinero para el viage, cuidó personalmente y muy por menor de todas las provisiones necesarias al desterrado. Fue castigado del mismo modo el eunuco Calígono, gran camarero, por haber amenazado al Santo que le cortaria la cabeza si no condescendia á los deseos del Emperador. Ambrosio se habia contentado con decirle: pluguiese á Dios tuviese yo tal fin: los dos cumpliríamos nuestro deber: vos con el de eunuco y yo con el de Obispo. Sin embargo el riesgo era demasiado real para el santo Pastor, y en efecto fueron sorprendidos unos asesinos que venian á matarle. Poco despues fue degollado Calígono por un delito infame de que se le convenció. Ambrosio evitó otra infinidad de riesgos, y muchas veces de un modo casi milagroso. Por fin, apoyando la autoridad soberana los atentados particulares, se mandó á los magistrados que echasen de las Iglesias á los Sacerdotes Católicos, y diesen muerte á los que no quisiesen asentir á este órden impío.

62. Subió de punto con el riesgo el amor del pueblo á su Obispo; y un largo espacio de tiempo estuvieron de dia y de noche encerrados en la Iglesia Catedral, resueltos á morir con él si no podian libertarle. Introdujo entre ellos entonces para consolarlos y convertir su tristeza en una alegría cristiana, el uso de la salmodia alternativa, como se practicaba

en el Oriente, y se extendió de la Iglesia de Milán á todas las de Occidente.

63. Hizo cantar del mismo modo á más de los salmos, himnos llenos de devocion que él habia compuesto y lo que el Diácono Paulino llama antifonas; de donde sin duda tuvieron origen las que hoy usamos. Hiciéronse tan célebres los himnos de San Ambrosio, que en los siglos posteriores en vez de decir un himno, se decia una Ambrosiana. Aun cantamos nosotros muchos de ellos, y son tan sencillos, nobles y patéticos que esceden á toda la elegancia moderna. El santo Doctor logró con estas piadosas intenciones contener á su pueblo en los sentimientos de la Religion y la sumision á las potestades; pero no bastó todo el terror de la persecucion para hacerle consentir en que el Santo de los Santos fuese entregado á los impíos. Protestaba, que si no se tratase mas que de las rentas ó fondos de la Iglesia, pero sin entregarlas él mismo, las abandonaria voluntariamente; mas respecto al sagrado Tabernáculo el abandonarle en el momento en que su presencia impedia la profanacion, era hacerse cómplice del sacrilegio. El cielo bendijo esta perseverancia, é hizo triunfar la buena causa de un modo inesperado y milagroso.

64. El santo Arzobispo descubrió los cuerpos de los dos ilustres mártires San Gervasio y San Protasio, habiendo tenido revelacion del lugar en donde descansaban. Hizo al punto cavar en aquel parage y se hallaron cuerpos de una grandeza extraordinaria, decapitados uno y otro y aun bañados de sangre, sin

embargo de haber consumado su sacrificio á lo mas tarde en el Imperio de Marco Aurelio.

En medio de una multitud prodigiosa de fieles se trasladaron estas reliquias venerables á la Basílica llamada aun hoy Ambrosiana. Mas brillante fue aun la traslacion por el gran número de milagros que se obraron allí ya de energúmenos curados, ya de enfermos de toda especie curados con solo tocar el lienzo que cubria á los Santos, y aun con su sombra. Arrojábanse al paso pañuelos ó vestidos sobre el féretro, y eran otros tantos remedios soberanos para las llagas y enfermedades mas incurables; pero ninguna curacion pareció mas pasmosa que la de un ciego llamado Severo, conocido en toda la ciudad; el cual oyendo el ruido y sabiendo la causa de la alegría pública, se acercó apresurado y pidió que se le dejase aplicar un pañuelo al santo depósito: llevóle al instante á los ojos y recobró la vista en medio de las aclamaciones de todos, y especialmente del retórico Agustin, de aquel Agustin destinado á ser una de las mas brillantes luces de la Iglesia; pero esclavo todavía de la mas ciega de las pasiones, de la cual este divino espectáculo le dispuso á libertarse (1).

Quiso tomarlo á burla la corte de Justina, acusando á un tiempo á los fieles de simples y al Arzobispo de impostor; pero todo esto lo decian mas por ocultar la vergüenza de los sectarios, que con la esperanza de ser creidos. Al fin contuvieron la persecucion, y Ambrosio respondió á los incrédulos con la

(1) *August. lib. 9. Conf. cap. 7.*

evidencia del hecho testificado por una ciudad tan grande. „¿Es acaso el poder de los Mártires, dice, el que se quiere disputar? Eso seria negar el poder del mismo Jesucristo. ¿Cuál es pues el objeto de la envidia? El triste Ambrosio. No es él quien hizo los milagros: son los Mártires santos; los que mostrándose celosos de su gloria, como hacen nuestros adversarios, anuncian que la creencia de los amigos de Dios es diversa de la suya; y despues dando un testimonio de los mas ilustres á la presencia del Salvador en la Eucaristía, despreciemos, sigue, la sinrazon lastimosa de los incrédulos: pongamos, pongamos estas gloriosas víctimas en el lugar donde reposa nuestra hostia, adorable Jesus, Hijo de Dios como de María; mas esté sobre el altar este Señor que satisfizo por todos en el altar de la Cruz, y continúen los Santos redimidos con su sangre tributándole homenages, colocándose debajo del altar.”

Sucedió para confundir de todo punto á los hereges, que el espíritu maligno por boca de un energúmeno de quien se apoderó de repente, principió á gritar con una voz terrible, que los que rehusasen el tributo de honor á los Mártires, serian atormentados como él; con los que no tenian la misma fe que Ambrosio. Cogieron los Arrianos con un ciego furor al energúmeno y le arrojaron en un canal donde se ahogó; pero uno de los mas endurecidos de ellos se convirtió de improviso, protestando que habia visto un ángel que hablaba al oido de Ambrosio cuando predicaba, y que el Obispo no hacia mas que repe-

tir al pueblo lo que le dictaba el mensagero del cielo. Sólida fue la conversion, y el penitente vino á ser uno de los mayores defensores de la doctrina que tanto habia impugnado. Los Arrianos tuvieron al fin que ceder á fuerza de prodigios de toda especie, y la Emperatriz dejó en paz al Doctor por quien el cielo se declaraba tan visiblemente.

65. Mas sobre un espíritu como el de Justina, el temor del Emperador Máximo contribuyó mucho á fortificar estas primeras impresiones. Escribió á Valentiniano para que suspendiese el escándalo de esta persecucion, representándole el delito y riesgo de combatir la fe establecida desde tantos siglos, y que profesaban con tanta armonía la Italia, el África, todas las Galias y toda la España, y Roma en fin, añade, que tiene el primer orden en la Religion como en el Imperio (1).

66. Hallábase en Milán Agustín cerca de dos años próximo á verificar su gran destino, cuando fue testigo de la persecucion y de los milagros que la hicieron cesar. Era africano, nacido en Tagaste de Numidia, de una familia honrada, pero poco acomodada en los bienes de fortuna. Su padre, llamado Patricio, egercia algun empleo de magistratura, y recibió el bautismo antes de morir. A una piedad tierna reunia su madre Mónica la felicidad de haber profesado siempre la verdadera fe. Se habia esforzado en inspirarla á su hijo desde la mas tierna edad sin que nada llamase mas su atencion que esta obligacion ma-

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 14.*

terial; no teniéndose enteramente por madre, como ella misma se esplicaba, en tanto que no comunicase la vida de la gracia al que la debía la vida natural; pero la disipacion del juego y aun de los estudios mismos, las compañías y las ocasiones que se presentan al ingenio y á las almas afectuosas, precipitaron á Agustin en grandes desórdenes; y le empeñaron en fin en la triste esclavitud de la sensualidad. Habiendo cultivado de un modo singular sus raras disposiciones para las ciencias, que hacian concebir las mayores esperanzas á su padre, se presentó y brilló sucesivamente en el lugar de su nacimiento y en la capital del África; pero este no era un teatro digno de su grande talento, y creyendo poder presentarse en la primera ciudad del mundo, pasó á Roma á los veintinueve años de edad, para enseñar allí la elocuencia siempre estimada en el Imperio.

Llevaba sin cesar consigo las mismas debilidades, y lejos de curarlas las subia de punto cada dia. La ociosidad de los lugares pequeños, la libertad de las grandes ciudades, y los espectáculos del teatro que amaba con pasion, todo alimentaba en él un fondo de sensualidad que enervaba su valor, le hacia cada vez mas incapáz de quebrantar las cadenas, bajo las cuales no cesaba de gemir. Porque tenia una alma recta y dotada de aquel sentimiento de razon que no puede menos de amar el verdadero bien, y perseguiale por otra parte de continuo la gracia, que debía triunfar como él deseaba, pero con deseos tan ineficaces que temia fuesen oidos. Para colmo de su desventura

la curiosidad y las zozobras de su espíritu le habian empeñado en el trato con los Maniqueos. Los discursos de estos, tanto mas pomposos quanto tenian mas horrores que ocultar, le hicieron disgustar al principio de la simplicidad de las divinas Escrituras, y poco despues le precipitaron en la heregia.

67. Consumiase de dolor su dulce y santa madre mas afligida que si le viera muerto, y lloraba por él de continuo. Fue á visitar á un Obispo que tenia grande reputacion de sabiduría y de virtud; y le suplicó que emplease una y otra á favor de su hijo al tiempo mismo que estaba este mas infatuado con los perniciosos delirios de Manes, que aun no habia profundizado, y tenian para su genio ardiente el prestigio de lo maravilloso no menos que el de la novedad. Respondió el Obispo con mucha sequedad á Mónica, que se contentase con orar; pero como ella insistiese vertiendo lágrimas, *andad*, le dijo, *que es imposible que un hijo que cuesta tantas lágrimas á su madre perezca para siempre*. Mónica recibió esta respuesta como un oráculo, y continuó pidiendo al cielo su cumplimiento (1).

Siguió á Agustin mas allá de los mares, y con el egeemplo de sus virtudes, que el hijo veneró siempre, le conmovió mas que con todo el ardor y ternura de sus coloquios. La ciudad de Milán en estas circunstancias envió á pedir al Prefecto de Roma un maestro de elocuencia digno de la ciudad reinante; y Agustin obtuvo esta honrosa plaza despues de ha-

(1) *August. lib. 3. Conf. cap. 12.*

ber dado pruebas de su capacidad. Este suceso casual en apariencia, no era indiferente á los designios del Señor. Acogió al nuevo orador el santo Obispo de Milán, que tambien era muy elocuente, con una bondad que ya principió á quitarle muchas preocupaciones, y asistia frecuentemente á los sermones del Prelado. Es verdad que la celebridad de Ambrosio y la curiosidad de Agustin tenian la mayor parte en la asistencia continua del nuevo oyente; pues al mismo tiempo seguia los discursos floridos del Maniqueo Fausto, queriendo hacer el paralelo entre el corifeo de los sectarios y el oráculo de los ortodoxos. Mas los discursos de Ambrosio le parecieron infinitamente mas dignos que la brillante hojarasca del maniqueismo; y aunque al principio no puso la mayor atencion sobre el fondo de las cosas, sacó insensiblemente la solucion de las dudas y el remedio de las dolencias de su espíritu.

Pero la lectura de las epístolas de San Pablo, tan propias al carácter de Agustin, venció su resistencia junto con los coloquios de un santo Sacerdote de Milán, llamado Simpliciano, que ya habia sido maestro del grande Ambrosio en la perfeccion. Agustin habia formado sobre unas ideas de reforma mal dirigidas aun, el proyecto de vivir en comun con cierto número de amigos, de los cuales los dos principales eran Alipio y Nebridio, Africanos como él, tan adictos á su persona, que habian dejado su pais donde poseían ricas tierras y una clase ilustre, solo por el gusto de vivir siempre en su compañía. Mas algunos

de ellos pensando en casarse y estándolo ya otros, reflexionaron que las mugeres no convendrian tal vez en esta sociedad. Entonces Agustin principió á conocer al Sacerdote Simpliciano, y descubriéndole su corazón con toda confianza, le confesó familiarmente y con la mayor ingenuidad todos sus errores y flaquezas. Se esforzó Simpliciano á animarle contándole como el retórico Victorino conocido por una traduccion muy estimada de las obras de Platon, no solo habia triunfado de todas las pasiones de la carne, sino que habia renunciado las esperanzas y la confusion del siglo.

Hablaba Agustin otro dia sobre la misma materia con su fiel Alipio; Pontiniano que tenia un empleo considerable en la corte y era hombre de gran probidad, vino á visitarle como compatriota; pues tambien era Africano; y viendo en la mesa las epístolas de San Pablo recayó la conversacion sobre asuntos de piedad, y refirió varios pasages de la vida de San Antonio, de quien ni Agustin ni Alipio jamás habian oido hablar. Escucharon sorprendidos unos hechos tan maravillosos y sinceros, y Pontiniano no se admiró menos de esta ignorancia en hombres tan cultos. Ignoraban tambien estos grandes ingenios que hubiese en Milán en donde vivian un monasterio en el que seguian las costumbres angélicas, cuyos principios habia dado el padre de los cenobitas en Egipto. Tambien les refirió Pontiniano la célebre conversion de dos señoras de la corte con la lectura de la vida del mismo San Antonio, que habian hallado en Tré-

veris, donde entraron por casualidad en la celda de unos monges un dia que iba con ellos de paseo, y abrazaron al instante la vida monástica (1).

Parecia que Agustin mientras esta narracion estaba absorto en las mas profundas reflexiones; y luego que se retiró Pontiniano dijo á su amigo con un tono extraordinario y levantándose conmovido: „¿en qué pensamos? los ignorantes arrebatan el cielo á nuestra vista, y nosotros insensatos con toda nuestra ciencia estamos sumergidos en la hediondez del vicio. ¿Nos avergonzaremos de seguirlos? ¿pero no es mucho mas vergonzoso no tener valor para hacerlo?“ Alipio le miraba sin hablar sobrecogido á vista de una agitacion tan grande, y le siguió al jardín adonde se encaminaba. En el sitio mas retirado se sentaron los dos; Agustin hacia el último esfuerzo contra la gracia que triunfaba en él de toda la rebeldía de la sensualidad, y el infierno en el instante de perder un esclavo cuya libertad debia tener tan grandes consecuencias, empleaba toda su fuerza y todos sus artificios para detenerle. Esperimentaba movimientos convulsivos, se daba palmadas en la frente, se arrancaba los cabellos volviéndose á todas partes: de modo que parecia indignarse contra sí mismo, por no determinarse á hacer lo que creía depender de su voluntad.

Levantóse por fin súbitamente, y alejándose de Alipio se arrojó bajo una higuera, en donde no pudiendo contenerse mas derramó torrentes de lágrimas, y exclamó: „¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo seré

(1) *August. lib. 8. Conf. cap. 8.*

yo el blanco de vuestra ira? ¿Hasta cuándo seré el juguete de lo que miro con horror? ¿Por qué mañana? ¿por qué no hoy? ¿por qué no en este momento?“ Ansiaba segun nos dice el mismo, la curacion de su alma, y temia sanar: queria romper su cadena, y no la rompía. Por una parte, segun la pintura tierna que continúa haciendo, se le presentaban los placeres con todos sus atractivos, y le decian en el fondo del corazon: Agustin, ¿piensas vivir en adelante sin nosotros? El pudor por otra parte mostrándose á su vista con un aspecto modesto y risueño, y advirtiéndole que reparase en que le seguia una multitud de personas jóvenes de uno y otro sexo: ¿temes tú, le decia reprendiéndole su cobardía, que no podrás con el socorro del cielo lo que puede y hace tan valerosamente esta débil y numerosa juventud? Mas el asalto de las pasiones redobló con tanta violencia, que ya iba á rendirse de nuevo, cuando oyó una voz del cielo que le dijo repetidas veces: *toma y lee*. Inmediatamente volvió adonde habia quedado Alipio: tomó en la mano las epístolas de San Pablo, y leyó al abrirlas: *no camineis en la disolución y en la impureza, sino revestios de nuestro Señor Jesucristo.*

68. Fueron estas palabras un rayo de luz que disipó en un momento todas sus tinieblas, y la imposibilidad imaginaria que encontraba en obedecer á las inspiraciones del cielo; tomó pues la resolucion eficaz de seguir á Jesucristo por el camino mas estrecho de la perfeccion evangélica; y despues deseu-

brió á su amigo todo lo que pasaba en su alma con aquella pacífica firmeza del que ya se ha determinado para siempre. Alipio abrió el libro sagrado y le hizo observar las siguientes palabras del mismo testo: *recibid al débil en la fe.* Y aplicándoselas á sí mismo le pidió le admitiese en la sociedad de la vida nueva que queria abrazar, para que estuviesen mas estrechamente unidos con los lazos de la virtud, que con los de la amistad. Abrazó con ternura á su amigo, al oír estas palabras que colmaron la alegría del santo penitente, y ambos fueron juntos á dar á la piadosa Mónica tan feliz nueva: ella bendijo mil veces al Señor, de que al fin habia llamado al hijo de sus lágrimas y dolores á una perfeccion que la remuneraba de sus amarguras pasadas, y que aun escedia á sus mismos deseos y esperanzas: porque Agustin tomó la resolución de renunciar al matrimonio y á todos los vanos cuidados del siglo.

Retiróse al campo á casa de un amigo, desde el punto en que se vió libre por la abdicacion de su empleo. Aquí principiando á llenar los designios del cielo sobre sus incomparables talentos, escribió sus primeras obras contra los principios de los académicos y pirrónicos, y sobre la felicidad de conocer á Dios, porque quiso egercitarse al principio en materias propias para fortificarle en sus piadosas resoluciones. Son los sentimientos tiernos y patéticos; pero el estilo de una elegancia estudiada se resiente aun de la ostentacion de la escuela. Escribió por el mismo tiempo su tratado del orden, que apenas tiene

rasgo que no se refiera al orden de los estudios, y despues escribió sus piadosos y tiernos soliloquios.

69. Dispuestos los preparativos de su bautismo, que no quiso diferir mas, volvió á la ciudad, donde le recibió la víspera de pascua en 24 de Abril de 387 de mano de San Ambrosio: despues de lo cual permaneció en Milán, pero el deseo de servir mejor al Señor, le hizo volver al África.

70. Ya estaba en Ostia con sus amigos y su santa madre esperando todos el momento de hacerse á la vela, cuando Mónica se sintió gravemente enferma. No tenia ya cosa alguna que la retuviese en este mundo (1). „No sé qué hago aquí, decia algunos dias antes á aquel hijo que despues de tantas inquietudes la llenaba de consuelo: la única cosa que me hacia amable la vida, era verte Cristiano católico. Hase dignado el Señor concederme mas de lo que deseaba, pues te veo consagrado á su servicio y lleno de desprecio por las cosas del mundo. Cuando se vió en riesgo de muerte: deja aquí, le dijo, á esta madre; qué importa que descansa á donde quiera este cuerpo? No te inquietes por esto; solo te pido que no me olvides en el altar del Señor, en donde quiera que estés.” Murió en los sentimientos piadosos que la habian siempre animado, el dia nueve de su enfermedad á los cincuenta y seis años de edad y á los treinta y tres de Agustin, el año mismo en que habia sido bautizado. Embarcóse para el África despues que tributó los últimos deberes á una madre tan justamente

(1) *August. lib. 9. Conf. cap. 10.*